

25 años del fallecimiento de Monseñor Marcel Lefebvre

El 25 de marzo de 2016, Viernes Santo, nuestra Congregación, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, evoca con profunda piedad filial la figura de su fundador, Monseñor Marcel Lefebvre, con motivo de los 25 años de su fallecimiento. Ofrecemos aquí, a fin de honrar la memoria de este hombre de Iglesia, un compendio de los principales rasgos que de él esbozó el Padre Franz Schmidberger, entonces Superior general de la Fraternidad, en las exequias del Prelado en el Seminario de Ecône, el 2 de abril de 1991, resumiendo la acción de Monseñor Lefebvre a los tres grandes ministerios del Verbo encarnado, que se prolongan a través del episcopado católico, y que son: la *función de enseñar*, la *función de santificar*, y la *función de regir*. En ellos se manifiesta toda la grandeza de Monseñor Lefebvre.

1º «*Tradidi quod et accepi*»: la función de enseñar.

«*Os he transmitido lo que yo mismo recibí*» (I Cor. 11 23). Es incumbencia del episcopado católico transmitir fielmente la fe enseñada por Nuestro Señor Jesucristo y predicada por la Iglesia Católica. Pues bien, bajo ese aspecto, Monseñor Lefebvre supo comunicarnos en toda su integridad la fe de la Iglesia, manteniéndose él mismo inmerso en esta claridad sobrenatural, única fuente de la doctrina que transmitía a través de sus innumerables conferencias y predicaciones.

Toda su vida estuvo orientada a los misterios del Verbo encarnado, del Señor y Salvador crucificado y resucitado, del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento y Víctima de nuestros altares. La Santísima Virgen, con su maternidad divina, su preservación de todo pecado y su virginidad perpetua, su ascensión en cuerpo y alma a los cielos, fue para él la única puerta al misterio de Cristo. La Esposa mística de Cristo, la Santa Iglesia, junto con el Romano Pontífice, valían a sus ojos más que cualquier otra cosa en el mundo. Veía en la fidelidad un deber supremo, y se consideraba como un eco, reflejo o portavoz de la Iglesia, de los Concilios y de la doctrina de los Papas. Y por eso mismo, siempre expuso esta fe, tanto en su ministerio sacerdotal como episcopal, bajo la égida de Santo Tomás de Aquino.

Si la Iglesia, en los documentos de los Papas y de los Concilios, es el oráculo del Dios vivo, hemos de designar a Monseñor Lefebvre como el testigo fiel de la

Revelación de Dios en el siglo XX. Por este testimonio vivió y murió, y por este testimonio tuvo que sufrir, viéndose puesto necesariamente en conflicto con el espíritu y los textos del concilio Vaticano II, que contradicen la doctrina constante de la Iglesia.

Por su boca Pío VI condenaba de nuevo la Revolución francesa y los supuestos Derechos del hombre. A través de él Pío IX volvía a elevar su voz, como en la encíclica Quanta cura, para condenar como inicua la libertad religiosa, y con él volvía a tomar vida el Syllabus para reprobado el aggiornamento de la Iglesia, con su adaptación a los errores contemporáneos y al espíritu del siglo. Por sus labios volvía a hablarnos León XIII, cuyas encíclicas repasaba continuamente, para reivindicar la constitución católica de los estados. Pero fue especialmente San Pío X quien, por él, anatematizaba de nuevo el modernismo actual, que acumula hoy muchas más ruinas que bajo el pontificado del mismo Pío X. Ningún otro obispo insistió como él en la doctrina de la encíclica Quas primas de Pío XI, sobre el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo; ni nadie combatió el comunismo con tanta energía como él, según las directivas de la encíclica Divini Redemptoris, en que Pío XI lo designa como el enemigo por excelencia de la Cristiandad, y rechaza como imposible toda colaboración con él.

Así pues, Monseñor Lefebvre tuvo que optar entre ser fiel a la doctrina de la Iglesia, fecunda en instituciones cristianas durante dos mil años, o romper esta fidelidad y plegarse al Concilio y a los errores posconciliares. Y optó por la Iglesia de siempre. Si hoy toda una nueva generación de sacerdotes apóstoles y testigos de la fe trabaja por todas partes, en seminarios, prioratos, escuelas, conventos y casas de retiro, se debe en gran parte a la fe de este hombre, una fe capaz de transportar montañas, un granito de mostaza convertido en gran árbol, capaz de albergar a las aves del cielo.

2º «*Credidimus caritati*»: la función de santificar.

«*Hemos creído en la caridad*» (I Jn. 4 16). El principal objeto de la fe es la caridad, esto es, el Amor inmolado y crucificado de Nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote y Víctima para gloria de su Padre y redención de nuestras almas. Todo el «*misterio de la fe*» se resume en el sacrificio de Nuestro Señor, que es la fuente de la gracia y de la santificación de las almas. Esto es lo que llevaba a Monseñor Lefebvre a inculcarnos que

toda la Escritura está orientada hacia la Cruz, hacia la Víctima redentora y radiante de gloria; toda la vida de la Iglesia está vuelta hacia el altar del Sacrificio, y, por consiguiente, su principal solicitud es la santidad del Sacerdocio. El espíritu de la Iglesia está orientado hacia las cosas divinas y sagradas. Ella forma al dador de las cosas sagradas, al «sacerdos», es decir, «sacra dans»; al que realiza las acciones santas y sagradas, «sacrificium», es decir, «sacrum faciens». Ella pone en sus manos «consagradas» los dones divinos y sagrados, «sacramenta», los sacramentos. La Iglesia consagra y da un carácter sagrado a los bautizados, a los confirmados, a los reyes, a las vírgenes, a los caballeros, a las iglesias, a los cálices, a las piedras de altar, y todas estas consagraciones se realizan bajo la irradiación del Sacrificio de Nuestro Señor y en la misma persona de Jesús...

La noción de sacrificio es una noción profundamente cristiana y católica. Nuestra vida no puede prescindir de sacrificio desde que Nuestro Señor Jesucristo, Dios mismo, quiso tomar un cuerpo como el nuestro y nos dijo: «Seguidme, cargad vuestra cruz y seguidme si queréis salvaros»; y nos dio el ejemplo por su muerte en la Cruz y el derramamiento de su Sangre... En esto estriba todo el misterio de la civilización cristiana: en la comprensión del sacrificio y del sufrimiento en la vida cotidiana, no como un mal o un dolor insoportable, sino como la participación de los sufrimientos y dolores de Nuestro Señor Jesucristo. Y para eso, hemos de mirar a la Cruz y asistir a la Santa Misa, que es la continuación de la Pasión de Nuestro Señor en el Calvario.

El mismo confesaba haber recibido, en la catedral de Dakar, la intuición de que, para preservar en la Iglesia el sacrificio de la Misa, había que preservar el sacerdocio católico:

¿Cómo realizar lo que me parecía la única solución para renovar la Iglesia y la Cristiandad? Frente a la degradación progresiva del ideal sacerdotal, transmitir en toda su pureza doctrinal y en toda su caridad misionera, el sacerdocio católico de Nuestro Señor Jesucristo, tal como El lo transmitió a sus apóstoles, y tal como la Iglesia romana lo transmitió hasta mediados del siglo veinte.

Dios mismo, al elegir el día de su fallecimiento, puso un sello de autenticidad a la acción de Monseñor por salvaguardar el Santo Sacrificio de la Misa y la renovación del Sacerdocio católico: Monseñor moría en las primeras horas del 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, momento en que Nuestro Señor, encarnándose en el seno de la Santísima Virgen, era ungido Sacerdote eterno del Nuevo Testamento y empezaba su inmolación como Víctima, con la mirada totalmente vuelta hacia el altar sacrificial de la Cruz.

3º «Instaurare omnia in Christo»: la función de regir.

«Restaurarlo todo en Cristo» (Ef. 1 10). El sacrificio de la Misa, y el Sacerdocio católico que lo asegura, no tienen otra meta que poner a todas las almas, familias y sociedades bajo la gracia y bajo la ley suave de Nuestro Señor Jesucristo, hacia quien Dios ordenó toda la creación, en quien toda ella subsiste, y en quien, después del pecado original, toda ella debe ser restaurada y regenerada.

*Según esto, la luz de la fe debe restaurar la **inteligencia** del hombre, la gracia de Cristo debe fortificar su **voluntad**; los **matrimonios** y **familias** deben someterse a su ley, al igual que los **estados**; las **escuelas** deben formar a los niños según las normas y la moral de Nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia. De un modo muy peculiar, Cristo instaura esta ley de caridad en su Iglesia a través del **sacerdocio** y de la **vida religiosa**, máximos exponentes de la vida totalmente consagrada a Dios y a las almas, a imitación del divino Maestro.*

A esta meta se orientó toda la vida de Monseñor Lefebvre, primero como misionero en Africa, luego como Delegado apostólico para toda el Africa francófona, o como Arzobispo de Dakar, o finalmente como Superior general de los Padres del Espíritu Santo. A esto mismo se ordenaban todas las amonestaciones

de los Papas, que Monseñor Lefebvre no dudó en recordar a las autoridades de la Iglesia después del Concilio; y es justamente por no haber querido tenerlas en cuenta, que el humo de Satanás entró en la Iglesia, y las fuerzas anticristianas destruyen hoy las instituciones cristianas. ¡Qué dolor provocaba en Monseñor Lefebvre la comprobación de la disolución realizada por el Concilio en la Iglesia y en la cristiandad!

El resultado de este Concilio, decía, es mucho peor que el de la Revolución. Las ejecuciones y martirios son silenciosos; decenas de millares de sacerdotes, religiosos y religiosas abandonan sus compromisos, otros se laicizan; desaparecen las clausuras, el vandalismo invade las iglesias, se destruyen los altares, se retiran las cruces; los seminarios y noviciados se vacían... Las sociedades civiles que aún seguían siendo católicas se laicizan bajo la presión de las autoridades romanas: ¡Nuestro Señor no tiene ya por qué reinar en la tierra!... La enseñanza católica se hace ecuménica y liberal; se cambian los catecismos, que ya no son católicos; la Gregoriana en Roma se hace mixta, y Santo Tomás ya no está a la base de la enseñanza.

Para los problemas actuales del género humano no hay más que una solución, invariablemente recordada por Monseñor Lefebvre: restaurarlo todo en Cristo, el único en quien se halla la tranquilidad en el orden, tanto en el orden de la Creación como en el orden de la Redención. «*Pax Christi in regno Christi*»: la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Conclusión.

Monseñor Lefebvre fue indudablemente un hombre suscitado por Dios frente a la actual crisis de la Iglesia. Por su resistencia salvó el honor de la Iglesia, e impidió que los errores y reformas del Concilio se difundieran por toda la Iglesia sin despertar reacción ninguna. Luego, por su obra, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, realizó su intento de formar toda una nueva generación de sacerdotes según toda la pureza doctrinal y la caridad misionera de la Iglesia, por los que salvaguardó el gran tesoro de la Iglesia, que es su sacerdocio y su sacrificio. Y finalmente, despertó en los fieles y en las familias católicas el auténtico espíritu de Jesucristo, que es el espíritu de santidad que proviene de la Cruz.

El mejor homenaje que nosotros, hijos de Monseñor Lefebvre y miembros de la Fraternidad, podemos rendir a su persona, consiste en proseguir su obra con firmeza, valentía y confianza, sin desviarnos ni a derecha ni a izquierda de las pautas dejadas por nuestro Fundador.

Que la Santísima Virgen nos alcance de su divino Hijo el espíritu de fidelidad, a fin de que todo lo que Monseñor Lefebvre nos transmitió como legado preciosísimo de Cristo y de la Iglesia, podamos transmitirlo ahora nosotros a las generaciones venideras.